

## ANEXO IV

### ***DELIBERACIÓN DE LOS PRIMEROS COMPAÑEROS DE IGNACIO***

En este contexto de cómo vivir el 'nosotros eclesial', puede dar luz esta **deliberación comunitaria** (¡no discernimiento!) llevada a cabo por aquellos nueve hombres, cuya única referencia había sido la experiencia de EE llevada a cabo de forma personal e individualizada, y cuya perspectiva era una misión que los iba a dispersar. ¿Cómo llevan a cabo aquella búsqueda que culmina en *communio*? Creo que puede darnos luz en la problemática de las Reglas de la Iglesia.

#### ***LA DELIBERACIÓN DE LOS PRIMEROS PADRES***

*[En 1539, teniendo que abandonar el proyecto de establecerse en Jerusalén, los primeros compañeros de Ignacio se han ofrecido al Papa para ser enviados a cualquier parte. La consecuencia de esta resolución es su próxima dispersión. ¿Deben permanecer unidos y por qué medio?: tal es el objeto de su deliberación. He aquí la relación.]*

*“En 1539. Durante tres meses. Cómo se ha constituido la Compañía. Para prestar obediencia a uno de sus miembros.*

*1. Era durante la última Cuaresma. Iba a llegar el momento en que era necesario separarnos y dispersarnos (momento que también esperábamos con grandes deseos para llegar cuanto antes al fin que teníamos ideado y establecido, y con vehemencia deseado).*

*Resolvimos entonces tener entre nosotros reuniones durante varios días antes de la separación, y tratar de esta nuestra vocación y manera de vivir. Lo cual ya habíamos hecho muchas veces, pero nuestro grupo compuesto de franceses, españoles, saboyanos y portugueses teníamos acerca de este nuestro modo vida variedad de sentencias y opiniones, aun cuando todos con una misma y sana intención y voluntad que era la de buscar la voluntad de Dios “buena, agradable y perfecta” de acuerdo con el fin de nuestra vocación. Pero en cuanto a los medios más aptos y eficaces, tanto para nosotros como para el prójimo, ahí se manifestaba una cierta variedad de opiniones.*

*Nadie se extrañará de estos puntos de vista divergentes entre pobres y débiles hombres, pues los mismos Apóstoles, príncipes y columnas de la Iglesia y otros muchos santos hombres (a los cuales nosotros no somos dignos de ser comparados ni de lejos), encontraron opiniones diversas y a veces divergentes, e incluso nos han dejado por escrito testimonio de sus diferencias. Nosotros también juzgábamos con diversos pareceres, atentos y ansiosos de encontrar un camino completamente libre que nos condujera a ofrecernos entera y personalmente en holocausto a nuestro Dios, supeditando todas nuestras cosas a su alabanza, honor y gloria.*

*Por último decidimos y fijamos de común acuerdo entregarnos con más fervor de lo ordinario a la oración, a la celebración del Santo Sacrificio y a la meditación, y después de haber puesto de nuestra parte toda la diligencia posible, dejar todo lo demás con nuestras preocupaciones en manos del Señor, con la esperanza que El, siendo tan bueno y liberal, que así como no niega el buen espíritu a ninguno de quienes se lo piden humildemente y con sencillez de corazón (al contrario, lo concede libremente a todos sin reprochar nada), tampoco nos faltaría, sino que nos*

*asistiría, por su benignidad, con mayor abundancia de lo que pedimos y podemos comprender.*

*2. Comenzamos, pues, de nuestra parte a desplegar todos los esfuerzos y a proponer entre nosotros algunas dudas dignas de diligente y madura consideración y providencias, en las cuales solíamos pensar y meditar a lo largo del día; la oración también era un medio de buscar. Por la noche, cada uno exponía delante de todos los demás la solución que había juzgado como la más segura y la más eficaz; queríamos así todos juntos la solución más verdadera; saldría de un debate colectivo y se fundaría sobre las razones más valederas.*

*3. La primera noche que nos juntamos se propuso esta duda: si sería preferible, ya que habíamos ofrecido y dedicado nuestras vidas a Cristo Nuestro Señor y a su verdadero y legítimo Vicario en la tierra, para que él disponga de nosotros y nos envíe adonde más juzgare que podemos fructificar, ya fuere entre los Turcos, o entre los Indios, o entre los herejes, o entre fieles o infieles, si sería más conveniente que estuviéramos de tal modo unidos entre nosotros y de tal manera unidos en un solo cuerpo que ninguna separación física, por grande que fuere, podría separarnos, o que quizás no convendría esto. Un ejemplo puede iluminar esto: el Santo Padre va a enviar a dos de nosotros a Siena. ¿Tenemos que ocuparnos de los que van a ir allí, y alguno de entre nosotros mantener con ellos un entendimiento especial, o no hemos de cuidar más de ellos que de los otros que están fuera de la Compañía?. Nos inclinamos, finalmente, por la parte afirmativa: es decir que habiéndose dignado el Señor en su clemencia y bondad paternal unirnos en un grupo, pobres hombres llegados de países diversos y de costumbres tan diferentes, no debíamos romper la unidad de este grupo, obra de Dios, sino más bien seguir afirmándola y establecerla formando un solo cuerpo, teniendo cuidado unos de otros y manteniendo mutua inteligencia para el mayor fruto de las almas: pues también la misma virtud unida tiene mayor rigor y fortaleza para ejecutar empresas grandes y difíciles que si estuviese dividida en muchas partes. Pero todo cuanto se ha dicho y lo que se irá diciendo después, queremos que se entienda de tal modo que se comprenda que no hemos concebido nada por nuestra propia inspiración o de nuestro propio jefe, sino solamente lo que el Señor inspirase y lo que la Santa Sede confirmase y aprobase.*

*4. Una vez decidida y resuelta esta primera duda, llegamos a otra no menos digna de consideración y providencia. Es a saber, si después que todos habíamos hecho voto de castidad perpetua y voto de pobreza en manos del Reverendísimo Legado de Su Santidad, cuando estábamos en Venecia, deberíamos de emitir un tercer voto: el de obedecer a uno de entre nosotros, para que con mayor sinceridad, alabanza y mérito pudiésemos en todo y por todo hacer la voluntad de Dios nuestro Señor, y juntamente la libre voluntad y precepto de Su Santidad, a quien con tanto gusto habíamos ofrecido nuestras cosas, nuestra voluntad, nuestro entendimiento, etc.*

*5. Para solucionar esta duda, habiéndonos entregado varios días a la oración y habiéndolo conferido entre nosotros sin que nada sucediera que llenase nuestros corazones, esperando en el Señor, comenzamos a pensar en algunos medios que nos ayudaran a encontrar solución. Primero si convendría retirarnos todos a alguna ermita y permanecer durante 30 ó 40 días dedicándonos a la meditación, ayunos y penitencias, para que el Señor oyera nuestros deseos y se dignara iluminar nuestras mentes para encontrar solución; o bien, si irían tres o cuatro allá, en nombre de todos, para lo mismo; o, en caso de que ninguno debiera ir a esta ermita, y quedándonos en Roma, dedicaríamos la mitad del día únicamente a nuestro asunto; así tendríamos mayor facilidad para mediar, reflexionar y orar y el resto del día lo emplearíamos en nuestros ministerios habituales de predicación y confesión.*

6. *Finalmente, después de haber conferido y examinado estos puntos, decidimos que todos nos quedaríamos en Roma, sobre todo por dos razones. Primero, para evitar rumores y escándalos en la ciudad y entre la gente, quienes podrían pensar y juzgar – ya que el hombre es tan inclinado a juzgar temerariamente – o que habíamos huido, o que maquinábamos alguna novedad, o que éramos poco firmes y constantes en lo que habíamos emprendido. En segundo lugar, para no echar a perder durante nuestra ausencia el gran fruto que por entonces veíamos conseguir en las confesiones y en la predicación, y en otros ejercicios espirituales; ya que este fruto era tan grande que aun cuando fuéramos cuatro más de los que éramos no podríamos satisfacer a todos, como tampoco ahora lo conseguimos. El segundo medio que comenzamos a conferir entre nosotros para hallar camino de solución fue el proponer a todos y cada uno las tres siguientes disposiciones espirituales.*

*La primera, que cada cual de tal modo se preparase, y de tal suerte se diese a la oración, meditación y penitencia que procurase conseguir el gozo y paz en el Espíritu Santo sobre el asunto de la obediencia, trabajando en la medida de lo posible en inclinar más su voluntad a obedecer que a mandar, siendo igual gloria de Dios y alabanza de su Divina Majestad.*

*La segunda disposición interior sería que ningún compañero hablase de este punto con otro, o le pidiese razones, para que ninguno fuera influenciado por el sentimiento de otro y para que no se inclinase más a obedecer que a mandar, ni tampoco a lo contrario, sino que cada uno buscaría únicamente aquello que la oración y meditación le hubiere manifestado como lo más provechoso. La tercera disposición sería que cada uno se considerase personalmente como fuera de nuestro grupo y como si nunca fuera a ser recibido en él; pues viendo así las cosas, ningún sentimiento le llevaría a opinar y juzgar uno de los extremos de las alternativas, sino, como si fuese un extraño, daría su sentir libremente acerca del obedecer o no, y finalmente confirmaría y aprobaría por su propio juicio la parte, que de acuerdo a su conciencia, sería el mayor servicio de Dios y aseguraría mejor una conversación durable de la Compañía.*

7. *Con estas disposiciones interiores previas, todos preparados<sup>16</sup>, reunirnos al día siguiente para exponer cada uno las objeciones que podrían hacerse contra la obediencia. Todas las razones que se fueron presentando y que cada uno había descubierto en particular durante la oración, la meditación y la reflexión fueron expuestas por cada uno por su orden. Uno, por ejemplo, decía: el nombre de “religión” o de obediencia no da al pueblo cristiano, debido a nuestras faltas y pecados, la buena impresión que debiera causarle. Otro declaraba: si queremos vivir bajo la obediencia, seremos obligados por el Sumo Pontífice a vivir bajo otra regla ya existente y establecida. El resultado sería que, no teniendo tanta facilidad y amplitud para trabajar a favor de las almas, que, según nosotros, es el único fin que pretendemos, todos nuestros deseos se verían frustrados, y que según nuestro parecer son deseos agradables a Dios nuestro Señor. Otro decía: si prestamos obediencia a alguno, no entrarán tantos en nuestra congregación para trabajar con un celo sincero en la viña del Señor, en la cual, siendo tan grande la mies, se encuentran todavía pocos verdaderos operarios; y por la flaqueza y debilidad humana, son más los que buscan su propio interés y su propia voluntad que la de Jesucristo y la entera abnegación de sí mismos. Otro decía otra cosa, después un cuarto, después un quinto, y así por su orden iba detallando las objeciones contra la obediencia. Muy poco tiempo después, otro día, hablábamos desde el punto de vista contrario, presentando el conjunto de las ventajas y beneficios de la obediencia, inspirados cada uno por su oración y meditación; y cada cual por su orden expresaba lo que había meditado, ya fuera llevando a su extremo una hipótesis imposible, ya tratando llana y afirmativamente. Por ejemplo quien llevaba la hipótesis hasta el absurdo e imposible, argumentando así: si esta nuestra congregación, sin el suave yugo de la obediencia, hubiera de cuidar de las cosas ordinarias, ninguno saldría responsable porque cada uno echaría la culpa al otro, como lo hemos experimentado muchas veces. Igualmente, supongamos que no*

*haya autoridad en nuestro grupo; no podría durar y perseverar largo tiempo: lo cual repugna contra nuestra intención primera que es la de conservar perpetuamente nuestra Compañía. Y como ninguna otra Congregación se conserva mejor que con la obediencia, nos parece que es necesaria, principalmente a nosotros que hemos hecho voto de pobreza perpetua y que estamos metidos constante y continuamente en trabajos espirituales y temporales poco favorables para mantener la Compañía. Otro procedía por vía afirmativa; y decía: la obediencia es madre de los actos y virtudes heroicas durables. El que vive verdaderamente bajo obediencia está completamente disponible a cumplir toda orden que le fuera mandada, ya sean muy difíciles, ya se trate de las que producen confusión, risa, y espectáculo del mundo. Por ejemplo: si me mandasen a mí que fuera desnudo o con un vestido extravagante por las calles y plazas (aun cuando esto nunca se mande, cada uno está de su parte a cumplirlo, negando el propio juicio y toda su voluntad), siempre estaría sometido a actos heroicos y que aumentan el mérito. Porque nada tanto abate el orgullo y la arrogancia como la obediencia. El orgullo siempre está listo a seguir su propio juicio y su propia voluntad, sin ceder a nadie. Anda por los caminos de la grandeza y del esplendor que le sobrepasan. La obediencia combate diametralmente en sentido contrario, ya que siempre sigue un juicio que no es el suyo y la voluntad de otro; está sometida a todos y se alía muy estrechamente a la humildad, enemiga del orgullo. Más aún: aun cuando nosotros hemos dado toda la obediencia, así en general como en particular, al Sumo Pontífice y Pastor, sin embargo, cuanto a nuestras cosas particulares de la vida ordinaria sin duda que no se podrá ocupar con detalle; ni aun cuando pudiera, no sería conveniente.*

*8. Transcurridos muchos días en los dos sentidos, cantidad de puntos que se referían a la solución de este problema, pensando y examinando las razones más serias y más importantes, empleando como de costumbre nuestro tiempo a la oración, a la meditación y a la reflexión; finalmente, el Señor concediéndonos su ayuda, se llegó a la conclusión, no por mayoría de votos, sino por unanimidad absoluta (no por pluralidad de votos sino por total concordia de pareceres) que era preferible para nosotros y más necesario dar la obediencia a alguno de nosotros, para mejor y más exactamente poder ejecutar nuestros primeros deseos de cumplir en todo la voluntad divina, para con mayor seguridad conservar la Compañía, y en fin para poder proveer a los asuntos de la vida ordinaria, tanto espirituales como temporales.*

*9. Y observando este mismo procedimiento para nuestras discusiones y las demás actividades, siempre considerándolas desde los dos puntos de vista opuestos, nos detuvimos sobre estos asuntos y sobre otros durante tres meses, desde mediada la Cuaresma hasta la fiesta de San Juan Bautista inclusive, fecha en la que todas se terminaron de aclarar suavemente y con el concorde sentimiento de los ánimos, y ello no sin grandes vigiliyas y oraciones, y trabajos de alma y cuerpo, que precedieron a esta deliberación definitiva.*

(Para la traducción hemos seguido la del P. Alcázar – Cartas de San Ignacio de Loyola, tomo I – y también la traducción francesa de “Textos ignacianos”, primera serie: “Documentos”, I.).